

PARQUE ANTROPOLOGICO

La rara especie del hombre urbano

Durante cuarenta horas consecutivas, aquel individuo de la especie humana, de la variedad que se cría en las grandes ciudades, permaneció resignado al perímetro de su jaula, ante los ojos de los habitantes de Sitges. El experimento de Albert Vidal terminaba descubriendo que entre el zoológico y nosotros sólo existe el grueso de un cabello, o la sombra de una nube.



El hombre urbano se llevaba el auricular a la oreja, sonreía invocando una realidad etérea y luego colgaba. (Foto: Leopoldo Samsó).

XAVIER FÀBREGAS

Durante cuarenta horas, en el comienzo del paseo marítimo, bajo la iglesia parroquial y al lado de la playa,

Sitges tuvo una instalación que, como mínimo, hay que calificar de poco común. Se delimitó en el césped un espacio parecido al de los parques zoológicos modernos, una jaula bien puesta, en cuyo interior no había un animal, o cuando menos no había un animal irracional. El objeto de exhibición en la jaula de Sitges, era un individuo de la especie humana, y concretamente de la varie-

dad que se cría en las grandes ciudades, el "hombre urbano". Los rótulos plantados sobre la hierba advertían al público de manera parecida a como lo hacen los del parque zoológico de Barcelona: "Se ruega no molestar al ejemplar". Y más allá un mapa mundi señalaba, a quien quisiera completar su cultura, los lugares del mundo habitados por este "hombre" singular. En la jaula

de Sitges se reconstruyeron unas zonas precisas a fin de evocar al individuo cautivo aquellas otras zonas que le resultan familiares cuando se halla en su medio natural y en libertad:

Un espacio reservado a las necesidades íntimas de las que los individuos de la variedad urbana se muestran muy celosos; un espacio de trabajo, representado por una mesa de ejecutivo; un

espacio lúdico presidido por el televisor, con una butaca, a manera de sub-espacio, situada a una distancia prudente; dos espacios para el ejercicio de las actividades primarias, o sea, una mesa donde comer y una cama donde dormir. Y finalmente dos espacios intermedios en los que el ser fisiológico, el que come y duerme, cumple su metamorfosis y se convierte en ser social: el lavabo y la báscula para controlar el peso, con la bicicleta de hacer gimnasia.

En el croquis adjunto podemos ver la disposición de todas esas zonas que permitían al ejemplar cautivo simular los hábitos que le son propios. Pese a ello, el cambio substancial del "hombre urbano" resignado al perímetro de la jaula, era evidente para todo el mundo. Los habitantes de Sitges, que acostumbran a mostrar una gran indiferencia hacia el Festival de Teatro, reaccionaron enseguida ante la novedad acaecida en el paseo marítimo: el parque antropológico, el individuo que día y noche se movía allí dentro, era una cosa suya. Y la afluencia de espectadores llegó a convertirse en aglomeración en las horas punta.

CARAMELOS, CACAHUETES Y DOS AMENAZAS

La jaula del hombre urbano estaba servida por dos guardianes, cuyas funciones eran parecidas a las de los guardianes de las jaulas de orangutanes o de panteras en los parques zoológicos. "¿A qué hora le llevan la comida?", preguntaba una viejecita. "Come demasiado, va a engordar", advertía otra con una pizca de congoja. Los sitgetanos se interesaban por saber si el ejemplar de hombre urbano que en cierto modo les pertenecía había dormido bien, si se había levantado tarde o temprano. Con la aquiescencia de los padres, los niños de Sitges le echaban cacahuetes y caramelos, que iban a parar al césped.

El hombre urbano pasaba de una zona a otra, andaba, se sentaba, manipulaba los aparatos, escribía a máquina, se lavaba los dientes. A veces su mirada se posaba en tierra y entonces se agachaba y recogía un cacahuite: hacía añicos la cáscara con los dedos y se zampaba los granos. En alguna ocasión lo que recogía era un caramelo, se lo paseaba por la boca y después de unas chupadas lo dejaba con todo cuidado en el estante del lavabo.

El cambio de vestido era todo un rito que el hombre urbano practicaba con constancia. Se le veía impecable, tocado con un sombrero y con paraquas en la mano, dar unas vueltas por su reducido establecimiento; y poco después, con una gran parsimonia, dejaba el vestido de calle y se ponía un pijama impoluto. Lo más característico —lo más inquietante y lo más tranquilizador a la vez— del hombre urbano era su mirada atenta y lejana, vuelta siempre hacia insondables paisajes interiores, hacia recuerdos sin duda muy íntimos. Quién sa-

be si el hombre urbano, allí, sobre el césped del parque, soñaba en inmensas avenidas cubiertas de cemento, en rascacielos grises, en bosques de antenas de televisión, en ríos de autobuses y de metros, en una palabra, en cuanto constituye su hábitat cuando vive en libertad.

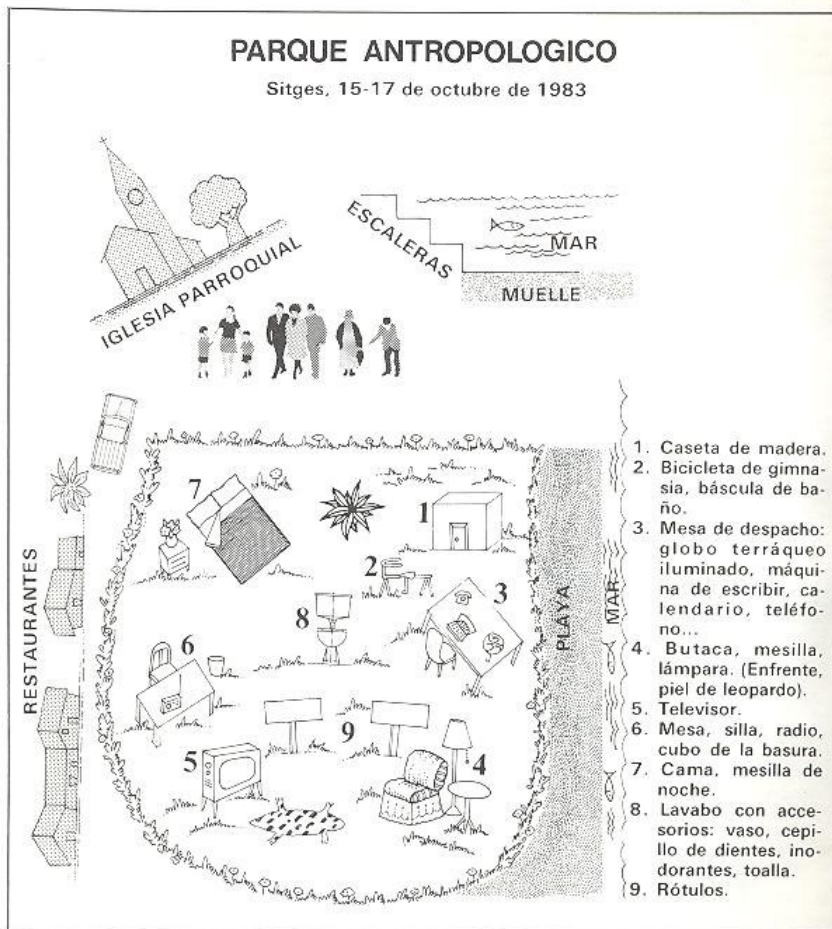
Sin duda eran estos sueños placenteros los que encendían, en el ejemplar de hombre urbano exhibido en Sitges, una sonrisa vaporosa: se diría que, pese a contemplar con la mirada a los espectadores que habían acudido a verle, era incapaz de distinguirlos uno a uno. El ejemplar cautivo, como tan a menudo ocurre

El hombre urbano, de textura pequeña y más débil que el *homo noctambulus* que le acometía, miró al intruso de hito en hito y con la mano extendida le opuso una suerte de escudo. El *homo noctambulus* se desconcertó, y en eso llegaron los guardianes que le disuadieron de su propósito, no sin antes haber discutido con él un buen rato. A la noche siguiente, también de madrugada, el hombre urbano advirtió que por la escalera que lleva a la iglesia bajaba una manada de *homini quinquis*, cuyos ejemplares llevaban blusa negra y algunos adminículos de hierro más o menos contundentes. El hom-

firme pero muy dulce. El *homo quinquis* se deshinchó, bajó la cabeza, y sin añadir nada más abandonó la jaula. Hubo un breve parlamento. El grupo se alejó por el paseo.

EL MUNDO EXTERIOR

A pesar del enclaustramiento físico, el hombre urbano mantenía el contacto con el mundo exterior; un cierto contacto, en todo caso. Así, podemos hablar de una comunicación activa, aunque desarrollada en una sola dirección —el ejemplar de hombre urbano sólo tenía capacidad re-



en los zoológicos, estaba y no estaba. Y enseguida volvía a refugiarse en uno de sus hábitos, se instalaba en una zona para, enseguida, pasar a otra.

De madrugada el hombre urbano quedaba solo. Dormía bien abrigado en su cama o, si le apetecía, daba un paseo quién sabe si añorante, repasando los límites de la jaula. La primera noche, mientras el sueño se le ponía en los párpados, un *homo noctambulus* penetró en el recinto, se acercó al lecho y tirando de la manta gritó:

—¡Pon la televisión! ¡Quiero verla!

bre urbano, que ha conservado un instinto finísimo, olió el peligro y obedeciendo un impulso interior se puso a escribir a máquina. Escuchó detrás de sí una conversación en voz baja, y bien pronto una risa mal disimulada. Una voz dijo de manera bien clara:

—¿No tienes transistor? Mira, chaval, allí hay uno.

Un *homo quinquis* invadió el perímetro y se dirigió al urbicola:

—Tío, ¿qué rollo es ese?

El aire era provocador, y apenas un palmo les separaba. El ejemplar dejó de escribir y miró a su antagonista de una manera

ceptiva— canalizada a través de la radio, el televisor y el teléfono.

La radio permitía al hombre urbano sintonizar los programas que las emisoras emitían en aquel momento. El televisor, en cambio, sólo disponía de un programa grabado en el que había cincuenta anuncios que se iban repitiendo, de manera indefinida, uno detrás de otro. Vi más de una vez cómo el ejemplar reaccionaba de forma muy viva ante los anuncios; había mensajes que le excitaban, otros le asustaban y, confundiendo ficción y realidad, se parapetaba precipitadamente tras la butaca. Finalmen-